

16 Doctrina fundamental: La resurrección

¿QUÉ ES MÁS IMPORTANTE PARA LA TEOLOGÍA CRISTIANA: LA muerte de Jesucristo o su resurrección? Es imposible contestar esta pregunta. Si bien la muerte de Cristo es lo que vino explícitamente a hacer en este mundo, la resurrección no es menos importante históricamente, ya que valida las pretensiones de Cristo. Sólo por la resurrección es que el evangelio de la cruz pudo ser comprendido y luego conservado y transmitido a través de los siglos hasta nosotros.

Lo importante de la resurrección se ve desde los primeros instantes de la era cristiana. Hasta cierto punto los discípulos habían creído en Cristo antes de su muerte y su resurrección. Un ejemplo de su fe inmadura pero genuina lo constituye el testimonio de Pedro: "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios viviente" (Mt. 16:16). Pero su fe había sido duramente golpeada por la crucifixión, tanto que sus seguidores ya habían comenzado a dispersarse y volver a sus lugares de origen. Y Pedro, que había dado ese testimonio tan asombroso, había negado al Señor tres veces en la noche del arresto de Cristo, antes de su crucifixión. Estos hombres y mujeres habían creído, pero luego del arresto y la crucifixión habían escondido su creencia. Pero en tres días, después de la resurrección, su fe volvió a surgir, y salieron adelante a presentar al mundo el evangelio del Salvador crucificado pero resucitado. La muerte y la resurrección de Jesús era el centro de su mensaje. Jesús mismo les había señalado el camino la tarde de su resurrección cuando les había enseñado a sus discípulos basándose en el Antiguo Testamento: "Entonces les abrió el entendimiento, para que comprendiesen las Escrituras; y les dijo: Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día; y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén. Y vosotros sois testigos de estas cosas" (Lc. 24:45-48). Más adelante, Pablo describió la naturaleza de esa forma temprana de predicación de los apóstoles,, diciendo que él sólo le había entregado a los corintios lo que él mismo había recibido, "Que Cristo Jesús murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras; y que apareció a Cefas, y después a los doce. Después apareció a más de quinientos hermanos a la vez, de los cuales muchos viven aún, y otros ya duermen. Después apareció a Jacobo; después a todos los apóstoles; y al último de todos, como a un abortivo, me apareció a mí" (1 Co. 15:3-8). Pedro predicó que David había escrito sobre la resurrección de Cristo. "Porque no dejarás mi alma en el Hades, ni permitirás que tu Santo vea corrupción" (Hch. 2:27; comparar con Sal. 16:10). Los otros predicadores del Nuevo Testamento hicieron lo mismo. Como muchos estudiantes de las primeras predicaciones han señalado, la muerte y la resurrección de Cristo siempre estaban en el centro de la predicación apostólica.¹

La resurrección probó que Jesucristo fue quien dijo ser y que logró lo que dijo que había venido al mundo a cumplir. El evangelista Reuben A. Torrey llamaba a la resurrección de Jesucristo "la piedra de Gibraltar de las evidencias cristianas, el Waterloo de la infidelidad". La resurrección es la base histórica sobre la que se fundan el resto de las doctrinas cristianas, y frente a la cual toda duda sincera debe disiparse.

Si es posible probar que Jesús de Nazaret realmente resucitó de entre los muertos, como los primitivos cristianos creyeron, y como lo afirman las Escrituras, entonces la fe cristiana descansa sobre un fundamento impenetrable. Si está firme, las demás doctrinas también están firmes. Por otro lado, si la resurrección no puede mantenerse en pie, entonces las demás verdades también se derrumban. Por eso el apóstol Pablo escribió: "Y si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, vana es también vuestra fe. Y somos hallados falsos testigos de Dios; porque hemos testificado de Dios que él resucitó a Cristo, al cual no resucitó, si en verdad los muertos no resucitan. Porque si los muertos no resucitan, tampoco Cristo resucitó; y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados. Entonces también los que durmieron en Cristo perecieron" (1 Co. 15:14-18).

El sello sobre la existencia de Dios

¿Qué doctrinas se relacionan con la resurrección? La primera es que Dios existe y que el Dios de la Biblia es el Dios verdadero. ¿Existe Dios? Si Dios existe, ¿qué clase de Dios es? Estas son las primeras y las más importantes preguntas que cualquier religión y cualquier maestro religioso debe contestar. Pero las respuestas que estos maestros religiosos han provisto para estas preguntas han sido bien diferentes. ¿Cómo podemos tener la seguridad que alguna de esas respuestas es la correcta? Sólo la resurrección de Jesucristo puede brindar esta certeza.

Cada efecto debe tener una causa adecuada... y la única causa adecuada que puede explicar la Resurrección de Cristo es Dios, el Dios de la Biblia. Mientras estuvo aquí en la tierra, como cualquiera que haya leído la historia de su vida sabe, nuestro Señor Jesús caminó por toda su tierra proclamando a Dios, al Dios de la Biblia, al Dios de Abraham, de Isaac, y de Jacob, como a él le gustaba llamarlo, el Dios del Antiguo Testamento, y del Nuevo. Dijo que los hombres lo llevarían a la muerte por crucifixión, y dio muchos detalles sobre cómo su muerte habría de tener lugar. Dijo, además, que después de estar sepultado por tres días y tres noches, Dios, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob, el Dios de la Biblia, el Dios del Antiguo Testamento y también el Dios del Nuevo Testamento, levantaría su cuerpo de entre los muertos. Esta era una gran pretensión. Aparentemente, era una pretensión imposible. Durante siglos, los hombres habían venido y se habían ido, los hombres habían vivido y se habían muerto y, de acuerdo con el conocimiento humano fundado sobre la observación y la experiencia, este era el fin de los hombres. Pero este hombre Jesús no duda en afirmar que su experiencia será totalmente contraria a la experiencia uniforme de muchos y largos siglos...

Ciertamente se trataba de una prueba de fuego de la existencia del Dios que predicaba, y su Dios pasó la prueba. Hizo exactamente lo que aparentemente era imposible de hacer, y que el Señor Jesús había dicho que haría... El hecho que Jesús fuera milagrosamente levantado de entre los muertos es la certeza que tenemos que el Dios que hizo eso realmente existe y que el Dios que Jesús predicó es el verdadero Dios.²

El sello sobre la deidad de Cristo

Segundo, la resurrección de Jesucristo deja establecida la doctrina sobre la deidad de nuestro Señor. Mientras vivió sobre esta tierra, Jesús dijo ser igual a Dios y que Dios lo levantaría de entre los muertos al tercer día después de su ejecución por las autoridades judías y romanas. Si estaba equivocado, esta afirmación era el delirio de un demente o una blasfemia. Si estaba en lo cierto, la resurrección sería la manera que Dios tenía de refrendar esta afirmación. ¿La refrendó? ¿Resucitó Jesús de entre los muertos? Sí, lo hizo. La resurrección es el sello de Dios sobre las pretensiones de Cristo a la divinidad.

Pablo, que sabía que Jesús había sido levantado de entre los muertos, escribe que Jesús "fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos" (Ro. 1:4). Pablo está escribiendo aquí de una manera abreviada, dejando sin mencionar varios puntos que incluiría en su argumentación si la intención del versículo hubiera sido ser una completa afirmación lógica de la verdad. Podemos recordar de nuestros días en la enseñanza media que cuando estamos resolviendo un problema de álgebra para resolver ecuaciones no siempre es necesario seguir todos los pasos, uno por uno.

Por ejemplo, dada la ecuación $2a - 10 = 10$, es posible seguir los siguientes pasos: $2a - 10 = 10$; $2a = 10 + 10$; $2a = 20$; $a = 10$. Pero sólo un principiante haría eso. Un estudiante ya familiarizado con los términos puede ver a simple vista que si $2a - 10 = 10$, entonces $a = 10$. No es necesario seguir todos los pasos intermediarios.

Esto es semejante a lo que Pablo hace en los versículos iniciales de Romanos. Dice que como Jesús fue levantado de entre los muertos, entonces Jesús es Dios. Pero si tuviera que seguir todos los pasos lógicos, su argumento sería como sigue.

- (1) Jesús dijo ser el Hijo de Dios en un sentido especial. Dijo que Dios era su Padre (Jn. 5:18). Dijo que había venido a este mundo del Padre y que cuando dejara este mundo volvería al Padre (Jn. 16:28). Dijo que quien lo había visto a él había visto al Padre (Jn. 14:9). Todas estas afirmaciones son pretensiones de divinidad, y por esto fue que los líderes religiosos lo mataron.
- (2) Estas afirmaciones pueden ser ciertas o falsas. Jesús no puede ser parcialmente Dios y parcialmente no serlo. O bien es quien dijo ser, o es un mentiroso.
- (3) Si estas afirmaciones son falsas, son engañosas y son una blasfemia.
- (4) Si son blasfemias, no es posible concebir que Dios honre a quien las dijo.
- (5) Pero Dios honró a Jesús cuando lo levantó de entre los muertos. Dios reivindicó sus pretensiones.
- (6) Por lo tanto, Jesús es el único Hijo de Dios.

Este análisis no es meramente una lectura de Romanos 1:4 para encontrar allí lo que queremos encontrar. La Biblia utiliza esta prueba en otros lugares, y Pablo simplemente está haciendo eco de esta enseñanza. Jesús utilizó esta prueba cuando apeló a la "señal del profeta Jonás". Había demostrado una autoridad singular en sus enseñanzas y milagros, pero muchos que le habían escuchado no creían. Los gobernantes pidieron una señal. Jesús les respondió que la única señal dada sería la del profeta Jonás, porque "como estuvo Jonás en el vientre del gran pez tres días y tres noches, así estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches" (Mt. 12:40). Después de esto habría una resurrección, y la autoridad única de Cristo sería reivindicada. De manera similar, en Pentecostés y en otros sermones registrados en el libro de los Hechos, los discípulos usaron la resurrección como prueba de la divinidad de Cristo.

El sello sobre la justificación

Tercero, la resurrección de Jesús deja establecida la doctrina de que todos los que creen en Cristo son justificados de todo pecado. Pablo también enseña esto en Romanos. "Jesús... fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación" (4:24-25). Podría ser mejor traducido como: "Jesús fue muerto porque nosotros habíamos transgredido la ley, y fue resucitado porque habíamos sido justificados". La resurrección es Dios mismo declarando que ha aceptado el sacrificio de Jesucristo por el pecado humano.

Cuando Jesús estuvo sobre la tierra afirmó que haría la expiación de nuestro pecado. "El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos" (Mt. 20:28). Llegó la hora de su crucifixión y Jesús murió. El sacrificio había sido ofrecido, la expiación había sido hecha. ¿Pero cómo podrían los seres humanos saber que había sido aceptable? Supongamos que Jesús mismo hubiera pecado, aun cuando colgaba de la cruz. En ese caso el Cordero no habría sido sin mancha ni arruga, y la expiación no habría sido perfecta. ¿Aceptaría Dios el sacrificio? Durante tres días esta pregunta no tuvo respuesta. Entonces llegó el momento de la resurrección. La mano de Dios baja hasta la tumba fría en Judea, y el cuerpo de Cristo se despierta. Resucita. La piedra es removida. Jesús es exaltado hasta la diestra del Padre. Por estos actos sabemos que Dios ha aceptado el sacrificio perfecto por el pecado que su Hijo realizó.

Cuando Jesús murió, murió como mi representante, y yo morí en él; cuando resucitó, resucitó como mi representante, y yo resucité con él; cuando ascendió a lo alto y ocupó su lugar a la diestra del Padre en la gloria, ascendió como mi representante y yo ascendí con él, y hoy estoy sentado en Cristo con Dios en los lugares celestiales. Al mirar a la cruz de Cristo, sé que la expiación por mis pecados ya ha sido hecha; al mirar el sepulcro abierto y al Señor resucitado y ascendido, sé que la expiación

ha sido aceptada. Ya no queda ningún pecado en mí, no importa cuántos ni qué grandes hayan sido mis pecados hasta ahora.³

El sello sobre la santificación

Cuarto, la resurrección de Jesús también es una prueba que el cristiano puede vivir una vida agradable a Dios. Las enseñanzas de la Biblia por las que según los estándares de Dios no hay nada bueno en la gente, se cumplen tanto para los cristianos como para los no creyentes. Los seres humanos son capaces de hacer cosas buenas si las medimos con estándares humanos. Entre los no creyentes siempre han existido grandes humanistas y filántropos. Pero nadie puede hacer el bien según los estándares de Dios, porque todo lo que hacemos es corrupto. No puede haber una victoria humana sobre el pecado. Pero si Jesús vive, entonces su vida puede vivirse en nosotros y es posible una santidad genuina. Esto sucede por "la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándolo de los muertos y sentándolo a su diestra en los lugares celestiales" (Ef. 1:19-20).

Pablo también escribe: "Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva" (Ro. 6:4). Esto significa que todos los que creen en Cristo están unidos a él para que su vida les esté al alcance. Podemos estar débiles y completamente desahuciados, incapaces de resistir la tentación ni por un minuto. Pero él es fuerte, y vive para darnos ayuda y liberación en cada instante. La victoria, por lo tanto, no depende de nuestras fuerzas sino de su poder. Lo que necesitamos es su poder.

Torrey narra una historia que ilustra este punto. Cuatro hombres estaban escalando la ladera más difícil del Matterhorn. Un guía, un turista, un segunda guía y un segundo turista, estaban todos unidos por las cuerdas. Mientras atravesaban un lugar extremadamente difícil, el turista que iba más abajo patinó y cayó a un costado. El tirón de la cuerda hizo que arrastrara al guía que iba delante de él, y también arrastró al otro turista. Tres hombres ahora pendían del barranco. Pero el guía que estaba liderando, al sentir el primer tirón, clavó su hacha en el hielo, y se afirmó. El primer turista entonces pudo volver a afirmarse sobre la pared, luego el otro guía y también el segundo turista. Así pudieron seguir escalando con seguridad.

Lo mismo sucede en esta vida. Mientras la raza humana escalaba las pendientes heladas de la vida, el primer Adán patinó y cayó en el abismo, arrastrando a la siguiente persona que venía detrás de él, y a la siguiente, y a la siguiente hasta que toda la raza colgaba en peligro de muerte. Pero el último Adán, el Señor Jesucristo, no resbaló. Pudo mantenerse firme. De ese modo, todos los que están unidos a él por medio de una fe viva están seguros y pueden retomar la senda.

El sello sobre la vida eterna

Quinto, la resurrección de Jesús es la prueba que la muerte no es el final de esta vida. La muerte, en realidad, ha sido derrotada por todos quienes por la fe están unidos a él. Cuando Jesús estuvo sobre esta tierra le dijo a sus discípulos: "Y si me fuere os prepararé lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis" (Jn. 14:3). Estos versículos están anticipando la resurrección de los propios discípulos. De manera similar, el apóstol Pablo escribió: "Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él" (1 Ts. 4:14). El creyente en Cristo está unido a Cristo por la fe de manera tal que si Jesús resucitó de los muertos, el creyente también ha de ser resucitado. Estamos unidos a él en la muerte. Así también hemos de estar en la resurrección.

A esta altura sobresalen dos verdades. Primero, si no es por la resurrección de Jesucristo no hay ninguna certeza de una vida después de la muerte para nadie. Y segundo, sobre la base de la resurrección de Jesucristo, el creyente puede tener una confianza perfecta. En los escritos de los filósofos podemos leer muchos argumentos en favor de la inmortalidad, pero son sólo especulaciones.

Un filósofo ha llamado la doctrina de la inmortalidad "una vela prendida al final de un túnel oscuro". Otro la ha llamado "una estrella brillando en la noche más oscura". En esto consiste la esperanza filosófica de la inmortalidad pero no brinda ninguna confianza. Se trata sólo de una probabilidad, no de una certeza. La única prueba de nuestra resurrección es la resurrección de Jesús mismo, quien dijo: "Porque yo vivo, vosotros también viviréis" (Jn. 14:19). Su resurrección hace toda la diferencia.

En el año 1899 dos hombres famosos murieron en los Estados Unidos. Uno de ellos no era creyente y había hecho una carrera criticando la Biblia y argumentando en contra de todas las doctrinas cristianas. El otro era un cristiano. El Coronel Robert G. Ingersoll, que dio su nombre a los famosos discursos Ingersoll sobre la inmortalidad en la Universidad de Harvard, era el no creyente. Murió repentinamente, y su muerte fue un duro golpe para toda su familia. Su cuerpo estuvo en su casa por varios días, porque la mujer de Ingersoll no soportaba la idea de alejarse de él; finalmente, el cadáver fue retirado porque se estaba pudriendo y así lo requería la salud de la familia. Los restos fueron cremados, y la escena de la cremación fue tan dramática que fue recogida por algunos periódicos y transmitida a toda la nación. Ingersoll había utilizado su intelecto para negar la resurrección, pero cuando sobrevino la muerte no tenía ninguna esperanza. Su partida fue recibida por sus familiares y amigos como una tragedia.

En ese mismo año falleció el gran evangelista Dwight L. Moody, pero su muerte fue triunfal tanto para él como para su familia. La salud de Moody había estado declinando, y su familia se había turnado para permanecer a su lado. En la mañana de su muerte, su hijo, que estaba parado junto a su lecho, le oyó decir: "La tierra se aleja; el cielo se está abriendo; Dios me está llamando".

"Sueñas, Padre", le dijo el hijo.

Moody le respondió: "No, Guillermo, esto no es un sueño. He llegado hasta las puertas. He visto las caras de los niños". Por un tiempo pareció como que Moody revivía, pero luego comenzó a deslizarse nuevamente. Dijo: "¿Esto es la muerte? No está mal; no hay ningún valle. Esto es una maravilla. Esto es glorioso". Su hija ahora también estaba presente, y comenzó a orar para que se recuperara. Él dijo: "No, no, Emma, no pidas eso. Dios me está llamando. Hoy es el día de mi coronación. Hace tiempo que espero este día". Poco rato después Moody fue recibido en los cielos. En su funeral, la familia y sus amistades se unieron en un culto alegre. Hablaron. Cantaron himnos. Escucharon las palabras: "¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria? ya que el aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado, la ley. Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo" (1 Co. 15:55-57).⁴ La muerte de Moody fue parte de esa victoria.

No digo que esto implique que la muerte de todo cristiano es igualmente gloriosa. No todos sienten la fuerza de esta doctrina en los momentos de partir al hogar celestial. Pero muchos sí. La muerte puede ser una victoria para el cristiano. No hay otra esperanza aparte de la resurrección de nuestro Señor.

El sello sobre el juicio

Por último, la resurrección de Jesucristo es también la garantía del juicio final sobre todos los que rechazan el evangelio. En el Areópago Pablo dijo que Dios "ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos" (Hch. 17:31). Cristo habló de un juicio final mientras estuvo sobre esta tierra diciendo que él sería el juez. El hecho que Dios lo haya resucitado de los muertos es la prueba de sus pretensiones. Es la palabra empeñada que el día del juicio se acerca.

Los hombres y las mujeres se imaginan que la muerte es el fin de todas las cosas, particularmente cuando golpea a sus enemigos. Un mosquito nos pica: esto nos irrita; lo matamos, y estamos contentos que por fin hemos acabado con el mosquito. Un zorro entra en el gallinero y le disparamos. Es el fin del zorro. Tenemos un enemigo, pero cuando muere ya no le dedicamos el más mínimo pensamiento.

Lo mismo sucedió con Cristo. Jesús vino al mundo haciendo el bien y la gente no podía soportar su santidad. La resentía tanto que trataron de encontrar algo de qué acusarlo. Él decía ser el Hijo de Dios; dijeron que esto era una blasfemia. El les habló de sus pecados y de un día venidero en que juzgaría a toda la humanidad; por eso le odiaban. Finalmente, le mataron. Podemos imaginarnos el júbilo que había en Jerusalén el día de la fiesta después de la crucifixión. Quienes se habían deshecho de Cristo se congratulaban. Por fin se habían librado de él. Estaban seguros; nunca más tendrían que soportar su arrogancia. Entonces ocurrió la resurrección, y por ese hecho Dios estaba declarando que la muerte no era el final para Cristo. Nunca podría ser el final para él, porque él mismo es la vida. La maldad está en el mundo, pero nada que se oponga a Dios podrá finalmente prevalecer. El pecado triunfó en la cruz, pero Dios triunfó en la resurrección. Cristo "se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo... y después de esto el juicio" (He. 9:26-27).

Notas

1. Ver C. H. Dodd, *The Apostolic Preaching and Its Developments* (New York: Harper & Bros., n. d.).
2. R. A. Torrey, *The Uplifted Christ* (Grand Rapids, Mich.: Zondervan, 1965), pp. 70-71.
3. R. A. Torrey, *The Bible and Its Christ* (Old Tappan, N. J.: Fleming H. Revell, n. d.) pp. 107-8.
4. He narrado la historia sobre la muerte de Ingersoll y Moody en *Phillippians: An Expository Commentary* (Grand Rapids, Mich.: Zondervan, 1971), pp. 256-57.